

empirismo y un naturalismo que se acentuará cada vez más a medida que se vaya acercando el Renacimiento.

En resumen, todos estos textos constituyen un amplio *corpus* de escritos, que permite reconstruir no sólo el pensamiento musical de la época sino la historia misma de la música. Una reflexión que puede abordarse desde el punto de vista filosófico, psicológico, matemático, acústico, literario, histórico y médico, de ahí la utilidad de esta obra para los estudiosos de todas estas disciplinas.

CRISTINA DE LA ROSA
Universidad de Valladolid

C. MONTES SERRANO, *Cicerón y la cultura artística del Renacimiento*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 2006, 176 pp. + 59 ilustraciones. ISBN: 84-8448-386-X

Uno de los rasgos que define a las sociedades modernas es la excesiva especialización en detrimento de la adquisición de un conocimiento más amplio y rico en contenidos culturales. Hoy día cada individuo sabe mucho de lo que le atañe profesionalmente y con relativa frecuencia ignora e incluso desprecia todo lo demás. Sin embargo, esto no ocurría en el Renacimiento, período en el que los artistas eran depositarios de sólidos conocimientos sobre las disciplinas que contribuían al enriquecimiento de cualquiera de las artes visuales en las que fueron capaces de sobresalir. El autor del presente libro es arquitecto y, como los artistas del Renacimiento italiano, es un auténtico humanista preocupado por aspectos muy diferentes del ejercicio de su profesión, consciente de que es necesario del entretrejo de muchos hilos para comprender la arquitectura.

Esta obra es fruto de varios años de análisis sobre el diálogo entre las diferentes artes. La reflexión sobre las relaciones entre la literatura y las artes visuales goza de una larga tradición que se remonta a la antigüedad clásica, a Platón y Aristóteles, aunque debemos sus manifestaciones más conocidas al poeta griego Simónides de Ceos y después a Horacio, cuando formularon que la pintura era una poesía muda y la poesía una pintura parlante³. En este caso el

³ Esta interrelación está magníficamente expuesta en la obra colectiva *Literatura y pintura* (Madrid 2000), en la que A. Monegal, ha compilado y traducido ocho trabajos de especialistas: W. Steiner, “La analogía entre la pintura y la literatura” (pp. 25-49); H. Markiewicz, “*Ut pictura poesis*: historia del topos y del problema” (pp. 51-86); J. Laude, “Sobre el análisis de poemas y cuadros” (pp. 89-108); A. Kibédi, “Criterios para describir las relaciones entre palabra e imagen” (pp. 109-135); M. Krieger, “El problema

autor aborda la influencia que ejercieron los tratados de retórica de Cicerón sobre la cultura artística del Renacimiento.

En el Prefacio C. Montes nos adelanta la materia sobre la que va a tratar: “la historia de las ideas, su difusión y migración a contextos culturales distintos, aplicada especialmente a ciertos conceptos artísticos” (p. 12), muy en sintonía con el pensamiento de Ernst Gombrich -de quien se considera fiel seguidor y a cuya memoria dedica el libro-, pero el lector puede comprobar que es más que eso porque, desde la perspectiva que le da ser un excelente conocedor de toda la tratadística sobre el arte del Renacimiento y sus respectivos comentarios, analiza con gran rigor y minuciosidad las cuatro obras en las que Cicerón mejor supo expresar su concepción de la retórica y cómo ésta influye de manera decisiva en la teoría del arte desde el Renacimiento hasta mediados del pasado siglo XX, a partir del momento en que el manuscrito con la versión íntegra del *Brutus*, *De Inventione*, *Orator* y *De Oratore* fue descubierto en 1421, en la catedral de Lodi.

El autor articula el trabajo en siete capítulos con títulos muy sugerentes, con la particularidad de que cada uno de ellos posee entidad propia permitiendo una lectura independiente de cada uno de ellos.

En los dos primeros capítulos analiza las ideas retóricas de Cicerón y su difusión en el pensamiento artístico de Occidente. Uno (pp. 17-27) lo dedica a mostrar el prestigio del arte de la retórica en la Antigüedad haciendo hincapié, por una parte, en que los problemas que suscitan los escritos de esta disciplina son prácticamente los mismos que, a partir del Renacimiento, se desarrollarán en la tratadística del arte y la arquitectura, y por otra, en que los escritores sobre la teoría del arte de este momento prestaron atención a los textos de retórica porque en ellos se utilizaban con profusión ejemplos de pintura y escultura para ilustrar sus ideas. Se detiene en el análisis de la célebre anécdota del pintor griego Zeuxis y las cinco doncellas de Croton -popularmente conocida como Crotona- para profundizar en la inventiva ciceroniana y su reflejo en Alberti y Rafael de Sanzio. En el otro (pp. 29-47) examina los escritos retóricos de Cicerón entresacando aquellas ideas que mejor se ven reflejadas en las artes visuales. Dedicó especial atención al concepto de expresividad. La noción de placer que la palabra ejerce sobre el oyente fue una idea fundamental de toda la poética griega desde Homero a los trágicos, aunque la exposición más detallada la

de la écfrasis: imágenes y palabras, espacio y tiempo y la obra literaria” (pp. 139-160); M. Riffaterre, “La ilusión de écfrasis” (pp. 161-183); E. B. Gilman, “Los estudios interartísticos y el imperialismo del lenguaje” (pp. 187-222); W.J.T. Mitchell, “Más allá de la comparación: imagen, texto y método” (pp. 223-254). Sobre el poeta Simónides una puesta al día del tema está expuesto en C. Barrigón, “Simónides de Ceos y su concepción poética”, en E. Suárez de la Torre (ed.), *Teoría y práctica de la composición poética en el mundo antiguo y su pervivencia*, Valladolid 2007, 25-67.

encontramos en el *Encomio a Helena* del sofista Gorgias de Leontinos. De todos modos, este es un elemento que cualquier poeta cuidaba con esmero ya que de ello dependía su subsistencia. Así, podemos leer en el *Ión* de Platón: “debo prestar la máxima atención a los espectadores, ya que si les hago llorar yo reiré por el dinero que gano, pero si les hago reír, lloraré por el dinero que pierdo” (Pl. *Io.* 535e). Para un orador la expresividad era fundamental porque la oratoria debe ante todo deleitar, conmover, convencer y estimular al auditorio mediante efectos expresivos convincentes. De las ideas elaboradas en este sentido por Cicerón se hará eco el pensamiento artístico del Renacimiento: la existencia de distintos estilos, el decoro, la contención clásica, la licencia frente a las normas asumidas, la *dissimulatio artis* y la *facilitas*. C. Montes al analizar cada uno de estos recursos retóricos los ilustra con obras de arte, caso del fresco pompeyano que representa el *Sacrificio de Ifigenia* y otras veces trasciende el arte para pasar al teatro de Shakespeare.

El tercer capítulo (pp. 49-73) lo dedica la *Quattrocento* italiano. Pero, en lugar de abordar la relación entre humanistas italianos y el arte de la pintura, ya abordada por M. Baxandall en su obra *Giotto y los oradores. La visión de la pintura en los humanistas italianos y el descubrimiento de la composición pictórica 1350-1450* (trad. esp. Madrid 1996), centra su análisis en distintas obras de arte como exponentes del intercambio de ideas y motivos entre retórica, pintura y arquitectura. El análisis del cuadro de Vincenzo Foppa, *Joven leyendo a Cicerón*, le lleva a comentar, con extraordinaria erudición y riqueza de contenidos, las influencias del arte de Toscana, de Padua y de Milán; a referirse a los grandes políticos del momento, Francesco Sforza y Cosimo de Medici; a tratar tanto los escritores de arte –Vitruvio, Filarete, Alberti, Vasari-, como de pintores y escultores, y mostrar las principales cualidades del ideal arquitectónico y pictórico: la perspectiva, el dibujo del cuerpo humano y la composición. El nexo de unión entre todas ellas fue el movimiento de los nuevos hombres educados en un sentido cívico distinto, basado en la educación humanística, la lectura de los clásicos y la imitación de la grandeza de la Antigüedad, y en este proceso las figuras de Cicerón y Quintiliano llegaron a convertirse en el principal acceso a la sabiduría.

El siguiente capítulo está dedicado a Baldassar Castiglione y la cultura artística del *Cinquecento* (75-87). El autor plantea similitudes entre el debate artístico en Italia durante este período y el que tuvo lugar en torno a la retórica en tiempos de Cicerón. Muchas de las ideas que aparecen en las grandes obras teóricas del *Cinquecento*: preferencia por la inventiva copiosa, las formas desenvueltas, el desdén calculado ante las reglas, el soslayar la afectación o el aparentar facilidad y soltura le llevan a pensar que este fenómeno pudo deberse a la asimilación de los preceptos de Cicerón a través de *Il Libro del Cortegiano* de Castiglione, que con sus ciento veinte ediciones debió transmitir las ideas ciceronianas a artistas de la talla de

Rafael, Giulio Romano, Serlio, Tiziano, Rubens o Rembrandt, ya que éstos no dejaron constancia de haber leído de primera mano los tratados de Cicerón, cosa que sí hicieron otros tratadistas como Alberti, Vasari, Wotton, Junius o Reynolds.

En el capítulo quinto centra su atención en la figura del arquitecto Sebastiano Serlio (pp. 89-101). Analiza su *Tratado de Arquitectura*, en el que el entendimiento de lo clásico se va a juzgar a partir de las ideas de Cicerón sobre la retórica y el oficio de orador, conocidas o bien por haber ido a la fuente directamente o a través del libro de Castiglione, publicado nueve años antes.

A Giorgio Vasari dedicará el capítulo sexto (pp. 103-125) al considerarlo gran deudor de las obras de Cicerón. Traza un interesante paralelismo entre el papel que desempeña la filosofía en las obras ciceronianas, como madre de la retórica, y el que Vasari asigna al dibujo, como padre de las tres artes visuales.

Como buen seguidor de las ideas de Gombrich, no podían faltar en su libro alusiones al arte inglés. Así, en el penúltimo capítulo aborda la recepción de los preceptos ciceronianos en los escritos de arte ingleses a partir del siglo XVII (pp. 127-153). Hace hincapié en la influencia que el escritor latino ejerce sobre Shakespeare, en el tratado de arquitectura de Sir Henry Wotton, en el tratado de pintura antigua de Franciscus Junius y en los discursos sobre las artes de Joshua Reynolds. De la mano de estos tres últimos eruditos el autor vuelve a recrearse en el arte de Rubens, Rembrandt, Van Dyck o Goinsborough, por citar algunos artistas.

Como colofón de su obra el autor nos sorprende con un capítulo titulado “Elegancia, decoro y contención” (pp. 155 -168) que no sólo es original sino que atrapa definitivamente al lector. Bajo epígrafes como “sentido y sensibilidad”, “orgullo y prejuicio”, “a propósito de Pígmalión”, o “lo que queda del día” nos muestra cómo todo ese bagaje de ideas compartidas por los artistas del Renacimiento adquirieron vida propia, adaptándose a los distintos ambientes culturales, dentro de un entendimiento artístico y liberal de la vida, del arte y del comportamiento social. Para ello, ya no centra su atención en los artistas o teóricos del arte, sino en escritores ingleses a través de una selección muy personal: Jane Austen, Chesterton, Churchill, Bernard Shaw, Virginia Wolf, Evelyn Waugh, u otros más recientes como Kazuo Ishiguro o Tobías Wolf.

Cierra esta lúcida exposición con una bibliografía selectiva pero más que suficiente y de la que el autor se muestra conocedor y crítico a la vez.

Estamos, pues, ante una obra excelente, sumamente enriquecedora y sugerente que abre las puertas del legado clásico al actual ambiente cultural y académico de la arquitectura, poco interesado en este tipo de estudios. A lo largo de casi doscientas páginas da muestra de una admirable capacidad de síntesis, nos deleita con el análisis de obras artísticas o literarias, que procura ilustrar con imágenes, nos colma de datos

curiosos pero a la vez pertinentes, expuestos siempre de forma clara y diáfana, haciendo fácil lo difícil, y con la mayor rigurosidad. Todo ello se acompaña con una presentación pulcra y cuidada hasta el mínimo detalle, sin errores tipográficos. Nuestra felicitación al autor, sabedores de que este libro está llamado a ser una obra de consulta obligada tanto para historiadores del arte o arquitectos como para filólogos, así como para todas aquellas personas interesadas en las artes visuales de todos los tiempos.

CARMEN BARRIGÓN
Universidad de Valladolid